

vo común, sin necesidad de reparto. Platón, en «La República y las Leyes», ha defendido este sistema, si bien mitigando la comunidad de bienes sobre todos los propios de la familia, manifiesta que debe tomarse al pie de la letra el proverbio de «entre amigos todo debe ser verdaderamente común y emplearse todo el cuidado imaginable para borrar del lenguaje común hasta el nombre de propiedad, de suerte que aún las cosas que la naturaleza le ha dado al hombre como propias, se conviertan en comunes en cuanto quepa».

En los comienzos del Cristianismo reaparecen los comunistas con los Esenios y más tarde, en la Edad Media, con los Hermanos de Italia y los Begardos y Anaptistas alemanes. Produjo el Renacimiento el comunismo idealista de Tomás Moro en su obra la «Ínsula Utopía» y de Campanella en la suya, «La ciudad del Sol». Las tendencias enciclopedistas hicieron mostrarse comunista a Juan Jacobo Rousseau, que dice en su discurso sobre el origen de la desigualdad de los hombres: «el primero que teniendo cercado un terreno se atrevió a decir ésto es mío y encontró gentes bastante sencillas para creerle, fué el verdadero fundador de nuestra sociedad. ¡Qué de crímenes, cuantas guerras, muertes, horrores y miserias hubiera ahorrado al género humano el que, arrancando los ojos o cegando las zanjias, hubiera gritado a sus semejantes: Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no pertenece a nadie!» Los sansimonistas conducen hasta el anarquismo; siguen este sistema, Fourier, que pretendió organizar la sociedad como un gran taller (falansterio) en que todo fuera común, hasta los hijos, sistema que fracasó; Leroux, Blanc y Proudhon, autor del principio «la propiedad es el robo». Más mitigados en sus pretensiones, los comunistas individualistas sólo aspiran a que la propiedad se reparta en proporciones, entregando cada una de ellas a una familia o a un hombre.

Se ha pretendido que fué profesado por los primitivos cristianos y Padres de la Iglesia; pero ni los unos ni los otros negaron el derecho de propiedad, ni aún el individual.

Como los ensayos de este sistema han fracasado, ha sido reemplazado por el colectivismo, que admite la propiedad colectiva y rechaza la individual, otorgándolo todo al Estado democrático o Municipio que administraría la propiedad dirigiendo su aprovechamiento común. No niega toda propiedad privada, porque los productos que se entregan a los trabajadores quedan de su propiedad absoluta. Los socialistas agrarios niegan toda propiedad individual del suelo y la otorgan al Estado, pero admiten la propiedad colectiva.

JUAN M.^a XIOL GASSET
(Alumno de 6.º curso de Bachillerato.)

Las sensaciones

I

Dice un antiguo refrán que «de lo acostumbrado no hay pasión»; como si dijéramos lo puro sabido carece de interés y pasa a nuestra consideración poco menos que desapercibido. Pero cuando la ciencia llama la atención sobre ello, al lanzar su «por qué» (pues ciencia es saber las cosas por sus causas), es atraída nuestra atención hacia lo que apenas habíamos notado, y se nos abre de improviso y como por encanto o magia, un mundo del todo insospechado.

Tal nos ha acontecido muchas veces durante el tiempo de nuestros estudios, y más cuando hemos ido avanzando en edad y conocimientos. Ninguna asignatura como la Psicología nos tenía reservadas tantas y tan continuas sorpresas, porque ella nos ha transformado este mundo real y cotidiano, ese mundo que llamaríamos vulgar, pues lo tenemos tan por mano y tan sabido, en otro maravilloso y sublime.

A nadie se le escapará que es sorprendente y como prodigio todo ese conjunto de fenómenos que llamamos *entender* y *conocer*. Con decir, pongo por caso, que estoy escribiendo a máquina, todos los que me favorezcan leyendo estas líneas comprenderán perfectamente cual es el instrumento de que me valgo para estampar en el papel mis